

PROSPECTIVA

Revista de Trabajo Social e Intervención social

PROSPECTIVA. Revista de Trabajo
Social e intervención social

ISSN: 0122-1213

revista.prospectiva@correounivalle.edu.c
o

Universidad del Valle
Colombia

Cortés Castillo, Ana Cristina; Carranza Gómez, Evelin Yohana

Ser mujer negra en Sardi. Construcción de identidad femenina

PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e intervención social, núm. 17, noviembre,

2012, pp. 201-228

Universidad del Valle

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=574261387009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Ser mujer negra en Sardi. Construcción de identidad femenina

Being a black woman in Sardi. Construction of female identity

Ana Cristina Cortés Castillo*
Evelin Yohana Carranza Gómez**

Me planto heredera de aquellos negros y negras que, a su pesar, hicieron la travesía del Atlántico y arrastraron cadenas en diáspora por toda América. Traigo sangre del fiero león y también del colibrí. Savia de baobab y de humilde cilantro. Traigo de indio. También traigo de blanco... Traigo de todo. Pero me llaman negra y como negra respondo. Soy negra y afrodescendiente.

Beatriz Aiffl

Resumen

Este artículo plantea algunos hallazgos y reflexiones resultantes de un proceso de investigación sobre construcción de identidad femenina de las mujeres negras del sector de Sardi, ubicado en el distrito de Aguablanca de Cali. Resaltaremos cómo vive una mujer, así como las oportunidades, las dificultades y lo que, según ellas, se les atribuye; igualmente, señalaremos lo propio de las mujeres negras y la manera como se ubican dentro de la sociedad según lo internalizado a partir de los procesos de socialización. Es un ejercicio reflexivo y analítico desde el trabajo social, que privilegia el reconocimiento de la subjetividad y los sentidos que las sujetas les otorgan a determinados elementos de sus realidades.

Palabras clave: identidad femenina, mujer negra, discriminación, sociedad y subjetividad.

*Trabajadora Social de la Universidad del Valle. Correo electrónico: ancriscc@gmail.com.

** Trabajadora Social de la Universidad del Valle. Correo electrónico: yoevek20@hotmail.com.

Artículo tipo 1: de investigación científica.

Recibido: 2 de marzo de 2012 **Aprobado:** 2 de abril de 2012

Abstract

This article presents some findings and reflections as a result of a research project on the construction of female identity of black women from Sardi, an area located in the Aguablanca district of Cali. We will specify how women live, as well as their opportunities and difficulties and what, in their opinion, is attributed to them; similarly, we will point at the essence of black women and how they fit themselves into society according to what has been internalized from socialization processes. It is a detailed analytical exercise from the perspective of social work, which favors the recognition of subjectivity and the meanings that female subjects find in certain elements of their realities.

Keywords: female identity, black women, discrimination, society and subjectivity.

Sumario: 1. Introducción, 2. Elementos identitarios de las mujeres negras, 2.1 La feminidad en las mujeres negras, 2.1.1 Ser mujer como experiencia positiva, 2.1.2 Elementos negativos asociados al ser mujer, 2.2 Particularidades étnicas y raciales de las mujeres negras de Sardi, 2.2.1 ¿Negra, afrodescendiente o de color?, 3. La mujer negra en la sociedad, 4. Conclusiones, 5. Recomendaciones y 6. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

En este documento, resultado del proceso investigativo realizado como requisito para optar al título de trabajadoras sociales, nos adentramos en el tema de la identidad femenina como una forma de reivindicar la voz de las mujeres negras que viven en Sardi, un sector de Cali ubicado en el Distrito de Aguablanca. El acercamiento a estas realidades permite evidenciar diversas formas de desigualdad social y de exclusión, así como expresiones de racismo y discriminación; asimismo, consideramos necesario comprender y analizar lo que, según el testimonio de nuestras entrevistadas, son los elementos identitarios más significativos del ser

mujer negra en determinado contexto, pues a través del ejercicio de la práctica profesional y de experiencias particulares nos enfrentamos a diversas situaciones que nos permiten establecer diferencias frente a otros sujetos sociales.

La intervención desde el trabajo social es importante porque permite conocer las poblaciones con las cuales se trabaja y así crear estrategias de acción que estén acordes a éstas. Igualmente, desde el trabajo social se puede reconocer al individuo en tanto sujeto social, privilegiando su subjetividad y los sentidos que les da a determinados elementos de su vida, en este caso la identidad femenina de las mujeres negras de Sardi, sin dejar de lado lo establecido y construido socio-históricamente. Del interés por los múltiples elementos constitutivos de la identidad de las mujeres negras surgió el interrogante que delimitó el ejercicio investigativo de este proyecto: ¿Cómo construyen su identidad femenina las mujeres negras con edades entre veinte y cincuenta años del sector de Sardi y cómo representan esa identidad en relación con la vivencia de su corporalidad?

Durante nuestro proceso investigativo nos dimos a la tarea de indagar las características de la población entrevistada, mediante una aproximación a los aspectos de la cotidianidad de las mujeres que habitan en el asentamiento de Sardi.¹ Esta indagación se realizó utilizando técnicas como la observación, la entrevista semiestructurada y el grupo focal, las cuales nos permitieron rescatar, desde la voz de las actoras, la percepción que ellas tienen de su contexto y de ciertos aspectos asociados a la construcción de su identidad femenina. Se trata de mujeres negras que habitan en dicho asentamiento, cuyas edades oscilan entre los veinte y los cincuenta años. Para el análisis se dividieron en dos rangos de edad: entre veinte y treinta años, a las cuales denominamos jóvenes, y entre cuarenta y cincuenta años, denominadas mayores.

En este artículo presentamos, en primer lugar, los elementos identitarios de estas mujeres, haciendo énfasis en la significación que ellas le otorgan al hecho de ser mujeres negras y en la manera como se autodenominan a

¹ Asentamiento que hasta ahora no es legalizado, ni estratificado pero se identifica el nivel socio-económico a partir de la encuesta que realiza el Sisben, según la cual la mayoría están ubicadas en el nivel uno que de acuerdo a los lineamientos de dicho sistema, lo constituyen las personas más pobres y vulnerables del país. Cabe aclarar que algunas no han sido encuestadas por la alcaldía de Cali pero esto no las excluye de vivir en condiciones de vulnerabilidad y precariedad.

partir de lo que han experimentado en su cotidianidad. En segundo lugar, abordaremos la feminidad de las mujeres negras, evidenciando aspectos que las caracterizan, las habilidades y cualidades reconocidas por ellas mismas, así como lo que consideran positivo y negativo de ser mujer. Luego plantaremos algunas consideraciones acerca de lo que debe pensar, saber y hacer una mujer para vivir en sociedad, como aspectos resultantes de los diversos aprendizajes en los procesos de socialización. Finalmente, presentamos las conclusiones de la investigación y unas recomendaciones que consideramos pertinentes desde el trabajo social.

2. Elementos identitarios de las mujeres negras de Sardi



Fotografías tomadas por las autoras, abril de 2011

2.1 La feminidad en las mujeres negras

La feminidad hace referencia a las acciones que la sociedad espera de las mujeres, así como a sus espacios sociales, tiempos, acciones, actividades, roles y funciones, entre otros aspectos que cumplen un papel en la constitución de los sujetos, en su identidad individual. Igualmente, los roles de género se constituyen en construcciones socio-históricas, desde las cuales las diferentes sociedades han asignado lugares jerárquicos y opuestos entre lo femenino y lo masculino. En este sentido, asumimos el género como una categoría de análisis o un concepto desde el que se pretenden explicar las relaciones entre hombres y mujeres. En gran parte de la literatura al respecto se reconoce que esta construcción ha permeado todos los ámbitos de la vida pública y privada, lo cual permite establecer la existencia de una condición de dominación y poder que detentan quienes han sido sobrevalorados en su posición, frente a la subvaloración de la mujer.

Es decir, durante el proceso de socialización que lleva dentro de una cultura, familia o sociedad determinada, una mujer debe aprender ciertos elementos que la caracterizan y a la vez la definen como tal, a partir de la diferencia sexual; sin embargo, es importante considerar que no sólo nos definimos a partir de un cuerpo sexuado sino que también hay ciertos aspectos que nos dan un significado y otorgan formas de actuar y de vivir. Los primeros estudios de género hicieron énfasis en la construcción de la subjetividad femenina como un proceso determinado por distintas variables, que fue sufriendo diversas transformaciones a lo largo del tiempo y según los distintos grupos de mujeres (Burin, 1996).

Desde el punto de vista descriptivo, tanto el género femenino como el masculino se fundamentan en construcciones sociales que dependen de la cultura y de características psicológicas que influyen en los modos de pensar, sentir y comportarse de ambos géneros. Esto se genera mediante los procesos de socialización temprana, que permiten la incorporación de pautas que se configuran tanto en el orden psíquico como en el social. Por ende, el género se define como

La red de creencias, rasgos de personalidad, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que diferencian a mujeres y varones. Tal diferenciación es producto de un largo proceso histórico de construcción

social, que no sólo genera diferencias entre los géneros femenino y masculino, sino que, a la vez, esas diferencias implican desigualdades y jerarquías entre ambos. Género es la construcción cultural de la diferencia sexual. Expresa el orden simbólico con el que una cultura elabora la diferencia sexual, expresándose en prácticas, ideas y actitudes. La entrada a la cultura es una entrada al lenguaje y al género, la cultura marca a los seres humanos con el género y este marca todo lo demás. Mediante el proceso de construcción del orden simbólico en una sociedad, se fabrican las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres (Scott, 1996).

Esta definición implica dos proposiciones: que el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos, y que es una forma primaria de relaciones significantes de poder. Podría incluso decirse que el género es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder. Según Scott (1996), se identifican cuatro elementos interrelacionados: el primero se refiere a símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples y a menudo contradictorias. El segundo incluye conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos, en un intento de limitar y contener sus posibilidades metafóricas. El tercer aspecto está relacionado con nociones políticas y referencias a las instituciones y organizaciones sociales, y el cuarto tiene que ver con la identidad subjetiva planteada desde el psicoanálisis.

En este apartado presentamos las cualidades, habilidades, características y connotaciones positivas y negativas que las mujeres identifican, desde sus experiencias y vivencias, alrededor del hecho de ser mujer o sujeto femenino.

Para empezar, encontramos que las mujeres del grupo de las jóvenes definen su identidad como mujeres a partir de las características biológicas que permiten la reproducción y la complementación con el ser masculino. También reconocen características que generalmente se le han atribuido a la mujer, como la ternura y la delicadeza, mientras que al hombre le otorgan la rudeza y la fuerza.

Sobre el cuidado, nosotras somos más cuidadosas que los hombres, opino yo; nosotras somos más delicadas, los hombres son como más rudos, más

toscos; nosotras somos como más tiernas con ellos y todo eso (Elsy, 25 años).

Las distintas explicaciones y teorizaciones coinciden en señalar la existencia de dos constantes históricas como elementos determinantes en la construcción social de la feminidad. Una de ellas es lo que Bourdieu (2000) denomina el cuerpo de la mujer como capital simbólico, en tanto objeto de apropiación y deseo, como cuerpo para el otro. Por otra parte, tenemos a la mujer/madre –con independencia de si lo es–, siempre al servicio y cuidado de los demás. Aunque para las mujeres del grupo de las jóvenes ser madre es un elemento fundamental, definen a la mujer no sólo a partir de ser madre sino además como la posibilidad de desarrollarse en otros campos. Esto señala, en cierta medida, una noción diferente de mujer, en la que cabe la posibilidad de estar no sólo en función del hogar y de los otros, sino también de las propias expectativas, de modo que se pueden suplir necesidades particulares e intereses propios.

Ahorita no estoy pensando en hijos porque con hijos uno no puede hacer otras cosas, uno se amarra; yo, por ejemplo, salgo para las presentaciones de danzas. Un hijo me amarraría y entonces si viajo o quedo en embarazo no me van a llevar, lógico (Angie, 20 años).

Las mujeres de los dos grupos se definen a sí mismas y a las demás mujeres en función de la capacidad procreativa; por ello en todos sus discursos acerca del ser mujer aparece la maternidad como elemento fundante de ésta.

Pues yo digo que para mí ser una mujer completa es tener hijos. Yo tengo mi hermana que a ella le sacaron la matriz, y ella no sabe qué es tener un hijo y yo a ella le digo tu no eres mamá porque tú no sabes que es tener un hijo y la mujer que no tiene, para mí no es mujer (Claudia, 50 años).

Carnero (2005) señala que las mujeres asocian el ser mujer con la condición de madres porque es algo tradicionalmente imputado a todo ser femenino, al cual se le han asignado ciertos espacios y discursos fundamentalmente relacionados con el espacio privado, el matrimonio, la maternidad, la vida hogareña y el trabajo doméstico. Lo normal para las mujeres es el matrimonio y la maternidad, así como la moral y la función

de ser el apoyo de la familia. En consonancia con lo anterior, Castellanos, situada desde la teoría de género, establece que la experiencia de ser mujer consiste en una serie de hábitos que resultan de la interacción entre los conceptos, signos y símbolos del mundo cultural externo y las diferentes posiciones que cada una va adoptando internamente. De este modo, ser mujer es estar en una posición cultural que induce a tomar, consciente o inconscientemente, una serie de actitudes frente a lo que nuestra cultura nos exige, como la conducta y las características “femeninas” (Castellanos, 1995).

Normalmente siempre he estado es pendiente de la familia, pero hay muchas que tienen que trabajar, llegar del trabajo y dedicarse a los hijos, las cosas de la casa, todo; pero pues yo no más me dedico a ellos y a lo de la casa (Luisa, 28 años).

A su vez, las cualidades de la mujer se plantean, en su mayoría, en oposición a las de los hombres, es decir, se exaltan las cualidades de las mujeres, en detrimento de las condiciones o capacidades de los hombres, y en ello interviene nuevamente la maternidad como elemento trasversal de lo que significa ser mujer. Sin embargo, estas condiciones no se presentan exclusivamente con las capacidades masculinas, sino también con características asignadas socio-históricamente a los géneros, como la sensibilidad y la vanidad de las mujeres versus la rudeza e insensibilidad de los hombres; esto evidencia los lugares antagónicos en los que históricamente se han situado los atributos asignados culturalmente sobre lo que es ser hombre y ser mujer, en un lugar y tiempo determinados, y que han sido interiorizados por estas mujeres negras, que los utilizan para identificar al otro y definirse a sí mismas.

2.1.1 Ser mujer como experiencia positiva

Para algunas de las entrevistadas, ser mujer es una experiencia positiva en la medida en que pueden reproducirse y realizar diferentes actividades que les son asignadas culturalmente a las mujeres; sin embargo, consideran que es una situación que no es nada fácil y requiere sacrificios. Algo semejante ocurre con lo denominado “bueno” de ser mujer, que en general se refiere a la capacidad de procrear y a la posterior satisfacción de criar

a los hijos. Esto se presenta tanto en las mujeres jóvenes como en las mayores.

Lo bueno es porque podemos tener hijos, podemos ser amas de casa, porque por eso es lo que más somos (Elsy, 25 años).

Lo bueno es que tuve mis dos hijos (Liliana, 40 años).

Para otras de las mujeres de Sardi, ser mujer es algo especial, relacionado con lo religioso, en tanto sus características femeninas son otorgadas por un Dios.

Mujer significa un ser muy especial en la vida, significa como ser una parte de Dios, algo importante porque él nos trajo al mundo (Natividad, 50 años).

Esta noción, referida desde su experiencia, puede estar asociada a la religión a la cual pertenece dicha mujer, y por tanto puede estar marcada por lo que la Iglesia plantea acerca de ser mujer.

Igualmente, se observa una connotación positiva del ser mujer, desde la experiencia de vida, en la mayoría de los casos relacionada con la maternidad, vista como un privilegio, dado que sólo las mujeres pueden procrear.

Pues, para mí es como lo más bello que hay en la vida es la mujer, pues también me siento orgullosa de ser mujer, porque pa' mí es satisfactorio ser mujer. Yo no sé, para mí hay muchas cosas muy especiales en la vida. Pero la mujer casi siempre se gana los créditos. Que dicen que la mujer es lo más maravilloso que hay en la vida. Para mí es bacano que le digan a uno eso (Alexandra, 21 años).

Carmiña Navia, en su ensayo “Las posiciones de las Iglesias frente a la mujer”, pretende dar respuesta, desde el feminismo, al documento del Vaticano *Sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo* (2006), en el cual el ente religioso se aferra a propuestas relativas a los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, y defiende una definición biologicista y esencialista de lo que es ser mujer, declarando que lucha por evitar la “imposición” de una idea occidental que aleja a las mujeres de su papel “natural” de madres y esposas, convirtiéndolas en

sujetos expropiados, desposeídos y minorizados, que son subsumidos en el sujeto y representados por él; sólo así ocupan un lugar en el mundo y obtienen la ganancia simbólica de ser abarcados por el sujeto, aun cuando sea para negarlos y subyugarlos. En dicho documento, el Vaticano propone que “la mujer en su ser más profundo y originario existe por razón del hombre”; además, le asigna a la mujer y sus organizaciones la culpa de lo malo que ocurre en el mundo, en tanto “la mujer y el feminismo son culpables de la desestructuración de la familia, de la caída o pérdida de valores, de la aparente desorientación del mundo postmoderno” (citado por Navia, 2006: 115), esto es, carga sobre los hombros de algunos sujetos ubicados en un lugar satanizado históricamente la responsabilidad por fenómenos y hechos que se derivan de diversas dinámicas sociales, económicas y simbólicas. Esto impide, desde instituciones como la Iglesia, de gran influencia ideológica, la comprensión real de los males y daños que aquejan a la humanidad. Del mismo modo, el Vaticano afirma que la culpa de la crisis de la institución familiar radica en que la mujer trabaja fuera de casa, realizándose como persona, “cosa que es, por otro lado, la vocación fundamental y el llamado divino de todos los seres humanos” (Navia, 2006: 116).

Para Martínez (2007: 91), la maternidad es:

Concebida no como hecho biológico, sino en su doble carácter psíquico y social, en tanto y en cuanto tarea y función, brinda la posibilidad de su ejercicio tanto a hombres como a mujeres. Si esta ha sido históricamente asociada a la mujer y a la feminidad bajo el influjo de las fuerzas patriarcales, no es debido a una condición natural inmanente o a una supuesta esencia femenina, ya que para ser madre no se requiere ser mujer desde el punto de vista de la función psíquica. El denominado instinto maternal es una constitución vincular y una construcción simbólica que trasciende la adjudicación genérica, y cuya asunción cultural en forma casi exclusiva por parte de la mujer es una clave esencial para comprender el estereotipo socio-cultural de la feminidad. Este imaginario social femenino es introyectado y asumido, construyendo la subjetividad femenina a imagen y semejanza de la cultura, que realiza la operación madre = mujer.

Esta ecuación de *mujer igual a madre* es también establecida de manera mayoritaria por las mujeres adultas, pues piensan que la mujer no lo es plenamente si no ha tenido la posibilidad de procrear, en tanto éste es un don divino que las mujeres deben ejercer. De este modo, como lo plantea Beauvoir (1982), a la mujer le corresponde el ámbito de lo privado, como se puede observar en la realidad estudiada, pues encontramos que las mujeres negras de Sardi continúan siendo las encargadas de las funciones del hogar, esto es, el arreglo de la casa, la preparación de la comida, el verificar que todo en el hogar marche como es debido de acuerdo a sus concepciones, así como la crianza, sin que esto vaya en contravía de la vida en el ámbito público, donde se desempeñan en diferentes empleos, incluso en los que en algunos ámbitos se consideran para hombres, de manera que puedan contar con ingresos económicos para el sostenimiento propio y el de sus hijos.

Pues ser mujer significa ser madre, ser compañera, desarrollarse uno como persona también, no sólo que porque soy mujer quedemos ahí; también salir a conocer otros campos, explorar trabajos, todo (Luz, 45 años).

Otro asunto tiene que ver con lo femenino como una categoría cultural históricamente determinada que caracteriza a la mujer por su condición genérica y la define de manera excluyente y antagónica frente a la masculinidad del hombre. Las características de la feminidad son patriarcalmente asignadas como atributos naturales, eternos y ahistóricos, inherentes al género y a cada mujer (Lagarde, 1997); es posible entonces establecer que para las mujeres esta distinción se sitúa en el ámbito de lo socialmente asignado, donde la maternidad vuelve a cumplir un papel relevante, acompañada por los aspectos biológicos:

Femenino se le describe a una persona, a los diferentes sexos, o sea, si es hombre o si es mujer, o sea femenino se trata hacia la mujer. O sea la diferencia entre el hombre y la mujer, porque la mujer por ser mujer y el hombre porque pues se diferencia porque es el hombre así, en lo físico [...] bueno, la diferencia es que a la mujer le viene el periodo y al hombre no, que la mujer puede tener hijos y el hombre solo se encarga de poner los espermatozoides y el resto lo hace la mujer (Alba, 43 años).

Además, se encuentran los atributos de lo que debe ser una mujer, como la fragilidad, la delicadeza o la vanidad, que se han asignado y trasmítido

desde diferentes instituciones, como la Iglesia con la imagen delicada de la Virgen María, los medios de comunicación con los programas y productos ofrecidos, o la escuela y la familia, como reproductores de formas de ser naturalizadas.

Para Lagarde (1997), históricamente la feminidad ha estado atravesada por una dimensión particular de ser para otros, que es donde adquiere sentido vital y reconocimiento, por su contribución a la realización de los demás. Esta condición remite a la mujer a ser incompleta y la ubica al servicio de una ética de cuidados, encargada de dar, preservar, proteger y reproducir la vida. Los demás siempre tendrán prioridad sobre ella, por lo que vehiculiza su ser femenino en la postergación de sí misma y construye su identidad en función de una relación de servidumbre, sometimiento y dominio históricamente dada. Igualmente, ser mujer se concibe como la posibilidad de compartir con otras personas y lograr entenderlas; es decir, lo femenino está ligado a los otros y puede darse culturalmente en pro de los otros. Ésta es precisamente la concepción de mujer que tienen las habitantes de Sardi. Asimismo, como una característica positiva de su ser, las mujeres de Sardi plantearon lo decididas, dedicadas y capaces que son, especialmente en lo relacionado con el cuidado de los hijos.

Pues que uno tiene como más preferencia, ser mujer pues si es... cómo le dijera. O sea, lo bueno de ser mujer es que uno es capaz, uno es decidido, si uno dice vamos por este lado sabe que si por ese lado le va a ir bien, va a delante. Y ser mujer es porque uno les dedica más tiempo a los hijos y uno es muy dedicado también a uno. Sí, uno también dedica su tiempo para uno ya, porque es que a veces uno no se dedica a uno, a veces no saca tiempo para uno, siempre todo el tiempo es para ellos (Alba, 43 años).

2.1.2 Elementos negativos asociados al ser mujer

En cuanto a lo que se considera negativo de ser mujer, los aspectos más frecuentemente expresados por las entrevistadas se refieren a las violencias de género en los diferentes ámbitos, sobre todo en el doméstico, y a los peligros que se corren en los otros espacios de ciudad, especialmente los relacionados con la violencia sexual.

Lo malo es que tenemos que estar cuidándose, no estar en la calle para que no le vaya a pasar nada a uno. En cambio los hombres no tienen que estar cuidándose porque igual no le hacen más que a las mujeres. Lo malo de uno es que uno debe tener mucho peligro en la calle, porque en la calle lo pueden violar (Angie, 20 años).

Esto es un claro indicio de la exclusión de la que es objeto la mujer, dada la evidente desventaja en relación con múltiples abusos de los que puede ser víctima, porque la inferioridad se ha asumido como una condición inherente al ser de la mujer. De allí que la misma mujer, por todo lo interiorizado dentro de las sociedades y por sus experiencias de discriminación, se siente inferior al hombre, y más débil que él por naturaleza.

Por otro lado, las mujeres de Sardi se expresan acerca de la violencia representada en la discriminación laboral por el hecho de ser mujeres:

Primero, lo malo de ser mujer es que muchas veces nos discriminan, muchas veces uno va a tener un cargo y no se lo dan, lo único que nos dicen es que usted solo sirve pa' esto, usted sirve no más para que vaya a limpiar, para hacer aseo. Uno va a estudiar para ciertas cosas y no se las dan, no se las permiten, todo el tiempo dicen que los hombres, que son los más fuertes, que son los más capaces para eso (Ernestina, 41 años).

Vemos entonces que las expresiones de maltrato que se presentan en el espacio doméstico, lo que ellas denominan peligro de salir a la calle y marginalización del ámbito laboral por ser mujeres negras, no es significado como una violencia en el sentido de daño y afectación del sujeto en su dignidad –teniendo en cuenta que en la definición de lo violento entran en juego los juicios culturales, religiosos y morales-. Recordemos que “para que un acto sea considerado violento se requiere un reconocimiento del acto como destructivo por parte de los interlocutores, una experiencia previa de percepción de la relación y del acto, un campo común de conocimiento mutuo, una definición del vínculo y un contexto comunicacional específico” (Linares, 2002: 54). En ese sentido, las mujeres negras de Sardi ubican estas acciones por fuera de los sujetos que las realizan, estableciendo, por ejemplo, que está en la mujer cuidarse cuando sale a la calle.

Dichas afirmaciones se fundamentan en que la problemática de la violencia en el campo de las construcciones de género se presenta por la

supuesta inferioridad de la mujer en nuestras sociedades, en la medida en que, cualquiera sea el ámbito en el que la mujer se desenvuelva, deberá enfrentarse a la infravaloración, y la opresión, pues se han sobrevalorado las aptitudes y las características consideradas masculinas, otorgando un lugar destacado al hombre. Esas posiciones diferenciales valoradas culturalmente se expresan en desigualdades, en la medida en que la cultura favorece, privilegia, acepta y valora un lugar en detrimento del otro; de modo que la subjetividad femenina quedó atrapada en la moral maternal, con características psíquicas de receptividad y capacidad de contención (Aumann e Iturralde, 2003: 74).

2.2 Particularidades étnicas y raciales de las mujeres negras de Sardi

En el conjunto (nombrado sin intención de generalizar ni homogenizar) que podríamos constituir las mujeres, también encontramos condiciones de subvaloración; es así como las mujeres pertenecientes a las denominadas minorías étnicas y sociales (negras/afrodescendientes, indígenas y campesinas) se sitúan en la parte inferior de la pirámide social, en la medida en que se salen del modelo hegemónico de sujeto social, y por tanto les son asignadas características que rayan con lo indeseado, lo marginal, hasta llegar a lo demoníaco. En esta sección expondremos el significado que tiene para estas mujeres ser negras, reconociendo la presencia de una serie de estereotipos y creencias que socialmente se han construido alrededor de ellas y la actitud que asumen frente a estos; asimismo, presentaremos algunas consideraciones acerca del modo como ellas se autodenominan y reconocen.

Según este estudio, el significado que las mujeres consultadas le otorgan a ser mujer negra se establece a partir de lo que los otros dicen de ella, es decir, son signadas por lo que históricamente se ha construido alrededor de la mujer negra, lo cual incluye valoraciones positivas relacionadas con sus habilidades, como ser buenas cocineras o, en general, buenas trabajadoras.

Lo que he escuchado, uno que somos muy fuertes, en el sentido físicamente, tenemos tendencia a ser muy lindas, pues dicen que las mujeres afro somos bonitas (Liliana, 40 años).

Por lo menos por ser mujer negra nos dicen que servimos mucho para hacer un buen sancocho de pescado, que somos las mejores cocineras y todo eso (Ernestina, 41 años).

Sin embargo, aunque las mujeres negras han asumido estas características como algo positivo, dichas “destrezas” han servido también como instrumentos de marginación, en tanto se constituyen en atributos fundamentados en prejuicios raciales que tienden a homogenizarlas, ubicándolas, por ejemplo, en determinados lugares jerarquizados del sistema laboral. Recordemos que “la división jerárquica del trabajo, que se clasifica según se trate de tareas de definición o de tareas de ejecución, instaura la dominación y produce o refuerza al menos tres formas de opresión: explotación, carencia de poder e imperialismo cultural” (Young, 2000, citada por Lozano, 2009: 9).

Por otro lado, las mujeres de Sardi también han identificado las características de la mujer negra a partir del pasado compartido por los negros traídos de África durante la trata esclavista y los posteriores procesos de cimarronaje² y establecimiento de tierras libres. Esto último lo relacionan con lo “luchadora” que llega a ser una mujer negra en el contexto actual.

Pues que somos mujeres que venimos de una descendencia que hace muchos años atrás siempre estuvo como marginada, desde entonces somos verracas, trabajadoras, luchadoras y todo (Liliana, 40 años).

Esto no es fortuito, porque en la historia negra, particularmente en la del cimarronaje, el papel de la mujer fue fundamental. Los estudios sobre el cimarronaje resaltan la resistencia de las mujeres africanas esclavizadas y sus hijas nacidas en América, evidenciando formas como los abortos frente a las presiones por reproducirse para mercantilizar al negro nacido esclavo; “San Basilio de Palenque, por ejemplo, es el resultado del movimiento de insurrección esclavista más sobresaliente en Colombia; movimiento que se inicia con 37 personas negras entre mujeres y hombres” (Hernández y Biojó, 1998, citado En Orobio et al, 2003).

Hay que mencionar además que, al lado de las características relacionadas con la fortaleza de las mujeres negras, se encuentran otras particularidades

²Se denomina cimarronaje a todas las formas de resistencia contra la esclavitud y la discriminación.

positivas y negativas, tanto físicas como comportamentales. No obstante, en este apartado haremos mayor énfasis en lo comportamental, lo cual, según las mujeres, es compartido, generalizado, y se plantea en términos que podrían considerarse esencializados. Dichas cualidades también se sitúan en el ámbito de la “verraquera”, de la fortaleza frente a las adversidades de la vida.

2.2.1 ¿Negra, afrodescendiente o de color?

En cuanto al modo como se denominan las mujeres entrevistadas, se observa que no han profundizado sobre lo que implica definirse como afrodescendiente/afrocolombiana, negra o de color, y por el contrario las diferencias entre una y otra categoría se desdibujan y se encuentran en función del color de piel. Así, las que se definen como afrodescendientes o afrocolombianas expresan:

Por el color de piel, supuestamente todos los de este color somos afro (María, 49 años).

Afrocolombiana por ser negra (Alba, 43 años).

Algunas mujeres de Sardi tienen ciertas ideas de lo “afro” en relación con el origen, la historia y la ascendencia, que no logran trascender los lugares comunes:

Nosotros los negros descendemos de afrodescendientes, descendientes de África (Luz, 45 años).

Entre quienes se denominan negras o de color, se encuentra una identificación a partir de lo que el otro les dice (por ejemplo, “me dicen negrita”).

Pero, igual, uno siempre dice que es negro, el afro es más que todo... uno lo usa pero siempre es negro. Porque soy negra (Sofía, 29 años).

Aunque el término afrodescendencia se presenta como lo políticamente correcto en el afán por disminuir los atributos negativos asignados al término negro-negra, que ha sido empleado para denominar a las personas africanas esclavizadas y a sus descendientes, como la ignorancia, la invisibilidad, lo oscuro, lo indeseable, las mujeres de sectores populares

como Sardi continúan autodenominándose “negras”. Vemos entonces que el debate en torno a la denominación como negras o afrodescendientes se ha quedado en el ámbito académico y ha sido internalizado en su mayoría por personas que están en los distintos movimientos, pero en los espacios “populares” ha llegado a constituirse en una imposición sobre los sujetos, quienes no lo han asumido como una invitación a identificarse de determinada manera a partir del autoreconocimiento.

En consecuencia, es posible establecer que, desde el discurso políticamente correcto y del debate que lo sustenta, la afrodescendencia se ha intentado imponer como una identidad única y absoluta, obviando los procesos que les permitan a los sujetos construir y reconstruir su historia e identidad mediante el ejercicio reflexivo que su experiencia, contexto y significaciones les permitan establecer sobre la diferenciación de dichas designaciones, legadas del contexto esclavista, descalificador y subordinador.

3. La mujer negra en la sociedad

El rol que social e históricamente se les ha asignado a las mujeres lleva a plantear de manera permanente la discusión sobre el papel de la mujer negra en la sociedad, el cual se ha ubicado fundamentalmente en el hogar, en la crianza de los hijos, así como en la preservación y trasmisión de valores morales y, con ello, en el mantenimiento del orden social.

La cotidianidad dice otra cosa: lo privado se mezcla cada vez más con lo público, las expectativas de género se magnifican en lo personal, y la llamada “solidaridad de género” se solidifica; los aprendizajes y enseñanzas también se trasladan de espacios en los procesos socializadores. A continuación mostraremos los elementos que las mujeres consideran necesarios para vivir en la sociedad actual y lo que sobre ello han aprendido a partir de los procesos de socialización.

En cuanto a lo que debe saber una mujer para vivir en la sociedad, las entrevistadas mencionan el acceso a la educación como una necesidad, en tanto ésta dota a los sujetos de determinados beneficios, como la facilidad para encontrar trabajo. La educación se presenta como la herramienta

con la que estas mujeres podrían modificar muchas de las condiciones que actualmente les dificultan el pleno desarrollo de sus capacidades y el ejercicio de sus derechos.

Si sería como muy importante uno tener como una carrera para tener como algo mejor para darle a los hijos, o sea, para sacarlos adelante como más fácil porque a veces uno si no tiene trabajo se le hace más difícil todo, entonces sí debería uno, para salir adelante, tener una carrera, conseguir un buen trabajo (Luisa, 28 años).

De igual forma, se establecen cualidades y habilidades para hacerles frente a las situaciones que más se presentan en su contexto inmediato, como el desempleo y la violencia barrial.

Primordialmente debe saber defenderse, saber leer y saber ganarse la vida y también saber relacionarse con toda la gente de aquí, para poder saber cómo es la gente, de cómo la debe de tratar, de cómo deben de ser, me imagino eso... pero en este sector lo primordial que debe saber una mujer es saber defenderse, primero que todo en el sentido de saber trabajar, saberse ganar la plata (Alba, 43 años).

Saber trabajar, porque una mujer inútil, mejor dicho, la humillan mucho, ¡ah!, que usted no sabe hacer nada, quite de aquí, ¿qué aprendió? ¿Qué sabe hacer? Es lo primero que le preguntan a usted: ¿sabe manejar un computador? Si le dice no, no sirve porque eso es lo que más se está viendo aquí ahora (Ernestina, 41 años).

También señalan que los aspectos que tienen que ver con el amor propio y la autoestima son importantes en la vida de toda mujer.

La verdad es que uno como mujer debe aprender primero a respetarse, quererse, amarse uno su cuerpo, hacer respetar su cuerpo, mantener limpio toda, bien presentada (Sofía, 29 años).

Respecto al ámbito doméstico, en el que social e históricamente se ha situado a la mujer en función de las asignaciones que les otorgan características apropiadas para encargarse de ello, evidenciamos que las mujeres negras de Sardi continúan asumiendo éstas como propias e inherentes a la condición de mujer, específicamente las relacionadas con las labores domésticas y la crianza de los hijos.

Por ejemplo, si tiene hijos guiarlos, llevarlos por el buen camino, darles buenos consejos para que sepan cómo es la vida. Las obligaciones de la casa; si tiene pareja, las obligaciones que tiene con la pareja, como por ejemplo una obligación con la pareja es como estar pendiente de la ropa de él, estar pendiente de su comida (Paola, 22 años).

Sin embargo, aunque estas pautas se mantienen y se reproducen en la vida cotidiana, también debemos resaltar que las mujeres identifican el machismo como base de la cultura patriarcal desde la que esto se ha naturalizado.

Acá con los machistas de aquí sí, las mujeres pa' la cocina y los hombres pa' la calle, la mujeres son de la cocina y los hombres de la rumba (Liliana, 40 años).

Es decir, si bien las conductas y funciones asignadas a los roles de género se siguen reproduciendo en el contexto de las mujeres negras del sector de Sardi, ellas reconocen el elemento de opresión que determina la sociedad, según el cual las mujeres deben permanecer en el ámbito privado-doméstico de la vida social en función de la maternidad y la conyugalidad, mientras que los hombres se muestran despreocupados por estos aspectos y ellas deben hacerles frente a las vicisitudes que se presentan en estos aspectos.

Ahora bien, es necesario reconocer lo que las mujeres negras de Sardi han aprendido y de qué manera lo han hecho, según lo que ellas consideran que toda mujer debe aprender para desenvolverse como tal. En este sentido, se presentan las pautas de crianza, en general referidas al aprendizaje de maneras de hacer, ser y comportarse, y a cuestiones como cocinar o desempeñarse en labores domésticas. En las mujeres mayores este aprendizaje se dio principalmente por observación, sobre todo de lo que hacían sus madres o las figuras femeninas presentes en las distintas etapas de sus vidas, mientras que en las más jóvenes se evidencia el aprendizaje tanto desde lo observado como de lo expresado por la madre u otras figuras del espacio socializador inmediato, sean éstas otras mujeres u hombres del hogar, amigas o grupos de pares.

El contexto socializador aparece entonces como un elemento fundamental en la construcción de identidades de género en las mujeres de Sardi, en tanto es en el medio social donde se reproducen y se ponen

en juego las prácticas, creencias e ideologías que las soportan, siendo trasmitidas y asumidas como propias desde la base de la experiencia; de este modo, lo que otrora se le asignaba como obligación al espacio familiar, que era el llamado a trasmitir la serie de asignaciones y valores, se ha trasladado al espacio público en el que se comparten experiencias que se constituyen en lo que los sujetos internalizan y aprenden.

Es importante hacer énfasis en algunas particularidades en que se dieron los procesos de aprendizaje, porque para el caso específico de las mujeres negras de Sardi dichos procesos incluyeron elementos referidos a la doble –o triple– opresión de la que son objeto en su condición de mujeres, negras y pobres. En efecto, en sus lugares de trabajo, a muchas de las mujeres mayores migrantes se les “enseñaba”, por ejemplo, a cocinar bien o a hablar bien, para quitarles lo “montañeras”.

Uno, por ejemplo, trabaja en casa de familia, y ahí fue donde yo empecé a abrir los ojos porque yo era muy montañera, yo no sabía ni contestar un teléfono; entonces yo vi a la patrona y todo, entonces ellos me enseñaron a hablar porque yo no sabía ni hablar, yo hablaba como pura campesina y ella me corregía cuando decía una palabra que no era. Allá en el campo es más distinto porque uno pone un fogón de leña y ya, cocino chiro, el plátano que le dicen allá, y pescado, un tapao, echemos el pescado allí y ya estuvo; pero acá es diferente la comida, entonces todo lo que sé lo aprendí acá (Natividad, 50 años).

Se puede ver que las imposiciones de modos hegemónicos de vivir y ser, los ideales de sujeto en nuestras sociedades, influyen de tal manera en las personas que éstas tienden a desfavorecer algunos aspectos propios de los contextos rurales o socioculturales de determinados grupos sociales. Se evidencia entonces que la discriminación también actúa a través de lo simbólico, a partir de representaciones construidas históricamente, que permiten la constante negación y posterior eliminación del otro “diferente”, en cuestiones que cotidianamente pasan desapercibidas, como las burlas que ya hacen parte del humor nacional, referentes al acento o el “hablado” de las personas; estas representaciones son interiorizadas y naturalizadas no sólo por quienes efectúan dicha discriminación, sino también por aquellos sobre quienes recae.

A partir de lo anteriormente planteado, es importante establecer algunas consideraciones generales en torno a lo que significa ser mujer negra en el contexto colombiano –y caleño– actual. Históricamente, la mujer ha sido considerada como una extensión del hombre y ha sido subyugada a su poder y dominio, todo esto amparado en la cultura patriarcal y machista, donde no se reconoce a la mujer como un ser autónomo, pensante, capaz, inteligente y con igualdad de oportunidades, sino como un objeto que carece de todo reconocimiento y valor; en esta medida, el rol de la mujer ha estado inmerso en el ámbito privado, donde ha asumido funciones relacionadas con el rol reproductivo, los quehaceres de la casa, el cuidado de los niños y ancianos, entre muchas otras.

Las identidades de género no sólo expresan las concepciones propias de una cultura y de una época, sino que actúan como legitimadoras de cierto tipo de relaciones sociales de poder; por el hecho de ser etiquetado como hombre o mujer, cada sujeto es ubicado dentro de una categoría social: la femenina o la masculina, a la que corresponden papeles, obligaciones, derechos, etc. Este orden adjudica mayor valor a la categoría masculina y le confiere derechos sobre la categoría femenina. De este modo, la masculinidad se convierte en un símbolo de jerarquías sociales en el cual los varones ejercen poder sobre las mujeres; así, la masculinidad está simbólicamente asociada al poder y a la autoridad.

4. Conclusiones

Las mujeres negras del contexto de Sardi definen su identidad, en general, a partir de características biológicas y de las que socialmente son atribuidas a la mujer; sin embargo, en esta investigación se pudo evidenciar que algunas de las mujeres mayores tienen un pensamiento que se aparta de lo socialmente asignado y plantean la posibilidad de que la mujer ascienda a otros ámbitos que son socioculturalmente asignados a los hombres.

A diferencia de las mujeres mayores, las jóvenes tienden a señalar elementos construidos socialmente a través de la historia como determinantes del ser femenino, como la ternura, la delicadeza y la evidente fragilidad de la mujer, según ellas mismas, frente a los elementos fundamentalmente

opuestos de los sujetos masculinos. Estos rasgos distintivos de la mujer son establecidos en razón de lo biológico y de la capacidad procreativa; esta última también es identificada por las mujeres adultas, quienes consideran que es una característica ineludible y una esencia femenina. Además, la relacionan con un mandato divino y religioso, pues, según ellas, es una experiencia que le da significación y privilegio a la mujer; entonces, para ellas, ser mujer y madre son dos aspectos que van relacionados, y no se puede dar el uno sin el otro.

La maternidad aparece de manera transversal a la identidad de dichas mujeres, como un elemento fundante que enmarca la realidad de ser mujer. En ese sentido, las dificultades, así como las satisfacciones que experimentan a lo largo de la vida, se relacionan con el hecho de sentir que cumplen a cabalidad el rol de madres, logrando “sacar sus hijos adelante” a pesar de las adversidades personales, familiares y del contexto barrial y social. Asimismo, se presenta la matrifocalidad como elemento fundamental en las dinámicas familiares, en las que las mujeres son pilares, bien sea cuando se asumen y reconocen a sí mismas como jefe y cabeza del hogar, o cuando las circunstancias así lo han establecido; de igual manera, estas mujeres no consideran primordiales las relaciones de conyugalidad, pero sí las parentales, y específicamente las maternales.

Se podría decir que los roles femeninos se modifican de acuerdo a las vivencias particulares, que las llevan a asumir roles socialmente asignados a los hombres, como cuando se ven abocadas a trabajar en construcción o a edificar sus propias casas en el asentamiento, y equiparan sus capacidades a la asignada fortaleza masculina. Sin embargo, encontramos también elementos relacionados con la historia negra, en los que se hace énfasis en determinadas características de las mujeres negras que provienen de procesos ligados a la esclavitud, como la resistencia, la fortaleza o la “verraquera”, y se aceptan con aparente naturalidad. Si bien es importante que las mujeres asuman estos elementos como parte de su identidad –que aunque aparecen generalmente como estereotipos, las dotan de elementos cohesionadores y a la vez diferenciadores que se asumen como propios–, en atributos como las habilidades para la cocina, la fortaleza para el trabajo o las formas de ser (alegres, descomplicadas, etc.), también es importante

resaltar que en distintos contextos dichos elementos pueden funcionar como parte de los prejuicios raciales que derivan en situaciones de discriminación y exclusión, en tanto se consideran esenciales e inherentes y dotados de cargas negativas y conllevan a que, por ejemplo, no se les dé cabida a las mujeres negras en espacios laborales distintos a la cocina y el trabajo doméstico, o que su alegría pase a ser bulla y escándalo.

Las mujeres de Sardi comparten un pasado en el que los negros africanos fueron esclavizados y marginados, y por eso a ellas se las ha caracterizado positivamente como mujeres luchadoras, “verracas”, que ante las adversidades salen adelante; otras características identitarias positivas incluyen su forma de pensar, su alegría y su capacidad para el trabajo. Por otro lado, dentro de las características identitarias negativas señalaron atributos como groseras, bullosas y vulgares; tanto las características positivas como las negativas están relacionadas fuertemente con lo comportamental.

Por otro lado, se logró evidenciar que en cuanto a los elementos identitarios relacionados con la denominación como negra, afrodescendiente o afrocolombiana no se presenta una reflexión frente a lo que significa definirse de una u otra manera y, por el contrario, las distintas significaciones se realizan en función del color de piel, de la manera como los demás las nombran y de su origen a nivel histórico y familiar. Las mujeres de Sardi se asumen como negras, y la afrodescendencia aparece como una imposición externa, que empieza a ser interiorizada en las condiciones anteriormente señaladas.

En consecuencia, ser mujer negra se configura con base en los otros y en elementos asignados históricamente, que para estas actoras constituyen características positivas, pero que por distintos procesos sociales resultan discriminándolas. Sin embargo, ellas las siguen estableciendo como parte de sus habilidades. Vemos entonces que la identidad de la mujer negra se ha constituido a partir de asignaciones social e históricamente construidas, que fijan determinados modos de ser y pensar y en las que convergen multiplicidad de opresiones en tanto mujeres, negras y pobres.

5. Recomendaciones

La intervención en lo social puede ser entendida como un instrumento de transformación no sólo de las circunstancias donde concretamente se actúa, sino también como un medio que da lugar a la integración y facilitación del diálogo entre diferentes lógicas que surgen de distinta forma comprensiva explicativa, no sólo de los problemas sociales, sino también de las instituciones en sí mismas; de esta manera, la intervención se constituye como “un procedimiento que actúa y hace actuar, que produce expectativas y consecuencias, implica una inscripción en el otro sobre el cual se interviene, quien a su vez genera un marca en la institución” (Carballeda, 2002: 94); en primera instancia, se reconoce que la intervención en lo social se ha visto impactada por los diversos cambios ocurridos en la línea del tiempo y, en esa medida, se han construido nuevos escenarios de intervención, marcados por una serie de fisuras y continuidades en conflicto que han puesto de manifiesto la importancia de repensarse y revisar las formas de intervención y los aspectos relacionados con ella, como los contextos en que la vida cotidiana muestra dificultades de construcción de sentido, de pertenencia e identidad, lo que sobresale como problemas en los escenarios de la intervención.

Diversos autores han situado la praxis en el lugar de la articulación entre la teoría y la práctica y también como transformadora, en relación con las formas de discriminación producto de los procesos de cambio social derivados de la modernidad. Partiendo de las diferentes perspectivas que permiten ver a los sujetos como constructores de su realidad y no como simples reproductores, la intervención se enfoca en la construcción de la sociedad desde las relaciones, los vínculos y los lazos sociales, y por ello se hace necesario comprender la subjetividad de los sujetos, así como el acceso a la cotidianidad, entendida como un espacio microsocial a través del cual se puede acceder a los espacios macro desde la construcción de los sujetos; por eso Carballeda (2008: 88) aduce que “la vida cotidiana surge como un espacio, una serie de simbolizaciones que pueden ser vistas desde lo discursivo y construidas desde allí”.

Es importante resaltar los procesos de discriminación y las exclusiones que ocurren en nuestras sociedades, y por ende en nuestra ciudad, donde las mujeres negras que viven en sectores como el de Sardi viven diariamente la materialización del racismo de quienes hacen una línea divisoria y sectorizan a Cali. Es decir, las mujeres negras deben seguir luchando por la reivindicación de sus derechos, pues sus fortalezas y demás aspectos positivos no son reconocidos. Frente a esto, Curiel (2007: 163), desde su acercamiento a la categoría de mujeres, señala que las afrodescendientes o las mujeres negras han hecho aportes importantes para las categorías de raza y sexo/género demostrando los efectos del patriarcado cuando estas categorías las traspasan. Por tanto, es importante que las mujeres afrodescendientes, afrocolombianas, negras, luchen por un lugar o una posición en la sociedad. Asimismo, establece que el movimiento de mujeres afrodescendientes nace articulando “raza”, género, clase y sexualidad como categorías políticas para explicar las realidades de las mujeres afrodescendientes frente al racismo, el sexism, el clasismo y el heterosexismo. La política de identidad ha sido una de las estrategias prioritarias de los grupos y colectivos que se dedican a combatir estos sistemas de dominación; consiste en una serie de acciones que buscan reafirmar una subjetividad contextualizada en los efectos de hechos históricos, como la colonización y la esclavitud, que hacen que el “ser negra” sea una situación desvalorizada, despreciada y muchas veces negada. Esta subjetividad se ha desarrollado no sólo de manera individual, sino también colectiva, en tanto la identificación de sí mismas se ha construido en relación con personas parecidas y diferentes en términos de raza, clase, género y sexualidad. Las acciones contenidas en la política de identidad van desde recrear elementos de la cultura africana (culinaria, estética, música, danza) hasta desarrollar espacios de reflexión donde esa identidad “negra” sea reforzada y valorada positivamente con el propósito de lograr una buena autoestima en las mujeres que pertenecemos a un grupo étnico específico. Porque, como lo plantea Lozano (2008):

La identidad de las mujeres negras colombianas está definida por el hecho de ser negras en una sociedad mestiza discriminadora, pobres en una sociedad de clases y mujeres en una sociedad patriarcal, en donde cuenta

de manera fundamental los rasgos de sus grupos étnicos particulares reconociendo que las comunidades negras no son homogéneas sino que tienen especificidades, todo lo cual nos permite hablar de las mujeres negras en plural (2008: 1).

Esta situación es pues una invitación a reconocer a las mujeres negras y pobres como sujetos sociales, como seres autónomos que tienen iguales derechos y virtudes, que poseen muchos potenciales –y por tanto deberían tener iguales oportunidades–, y no como un objeto que carece de todo reconocimiento y valor. Por el contrario, muchas veces estas mujeres son limitadas por la exclusión, la poca intervención de los entes privados y públicos y por la separación territorial que muchos pretenden hacer, simplemente para ocultar una realidad que, más que desmanes y tristezas, nos ofrece una amplia riqueza cultural, que sólo se puede alcanzar en la medida en que empecemos a deconstruir la mirada subordinadora y discriminatoria hacia la mujer negra.

Teniendo en cuenta lo anteriormente planteado, la reflexión apunta al reconocimiento de los contextos generales que le demandan al trabajador social resignificar y reconstruir permanentemente su ejercicio profesional, mediante la reflexión teórico-metodológica y ético-política, que permita intervenciones fundamentadas que conjuguen la reflexión, la acción y la transformación como relación ineludible para incidir de manera sistemática en la complejidad de las manifestaciones de la cuestión social en nuestros días. En este sentido, el Estado y las mujeres negras se deben unir para convertirse en actores de lo público a través del despliegue de las potencialidades de la acción social y de las luchas sociales, terreno en el cual el Estado debe garantizar los espacios democráticos para la lucha pacífica y debe tener como propósito establecer mecanismos para la protección de la identidad cultural y de los derechos de las mujeres negras que pertenecen a un grupo étnico, y el fomento de su desarrollo económico y social con el fin de garantizar que ellas obtengan condiciones reales de igualdad y de oportunidades frente al resto de la sociedad. Por tanto, es deber para las mujeres negras seguir posicionándonos socialmente y generar educación frente a lo que podemos hacer como mujeres negras y ubicadas en un sector pobre.

Por ello, se debe apuntar al reconocimiento y a la inclusión de la mujer negra en todos los aspectos socioculturales que nos permitan combatir el racismo, el sexism, la pobreza, el maltrato, la desigualdad y los estereotipos en los que nos vemos sumergidas y a veces reflejadas; todo esto sin dejar de lado la lucha por nuestra igualdad étnica y por el respeto a la diferencia y la identidad.

6. Referencias bibliográficas

- Auman, Verónica e Iturralde, Claudia (2003). La construcción de los géneros y la violencia doméstica, en: *Maltrato y abuso en el ámbito doméstico. Fundamentos teóricos para el estudio de la violencia en las relaciones familiares*. Buenos Aires: Paidós.
- Beauvoir, Simone de (1982). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Bordieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Editorial Anagrama. Barcelona, España.
- Burin, M. (1996). Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnerables, en: M. Burin y Dío Bleichmar (comp.) *Género, psicoanálisis, subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Carballeda, Alfredo (2002). *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2008) *Los cuerpos fragmentados. Los nuevos escenarios de la Intervención*. Buenos Aires. Paidós.
- Carnero, Silvia (2005). La condición femenina desde el pensamiento de Simone de Beauvoir, en: *A Parte Rei. Revista electrónica de filosofía* [Versión electrónica]. Disponible en: <http://serbal.pntic.mec.es/AParteRei/>. Consultado: 25 de julio de 2011, pp. 1-8.
- Castellanos, Gabriela (1995) ¿Existe la mujer? Género, lenguaje y cultura. En: *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Arango, Luz Gabriela, León, Magdalena y Viveros, Mara. (Comp.) Tercer Mundo Editores. Bogotá.
- Curiel, Ochy (2002) Identidades esencialistas o construcción de identidades políticas: El dilema de las feministas afrodescendientes, en: *Revista Otras Miradas*, Vol. 2, N.º 2. Grupo de Investigación en Género y Sexualidad Gigesex. Facultad de Humanidades y Educación Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela, pp. 96-113
- _____ (2007). *Perfiles del feminismo iberoamericano*. Buenos Aires: Cutral Ediciones.

- Guerrero, Clara Inés (1998). *Memorias palenqueras de la libertad* [Versión electrónica]. Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/1237/13/12CAPI11.pdf>. Consultado: 10 de mayo 10 de 2011, pp. 363-388.
- Lagarde, Marcela (1997). *Identidad femenina*. Texto difundido por CIDHAL (Comunicación, Intercambio y Desarrollo Humano en América Latina, A.C [Versión electrónica]. Disponible en: <http://www.laneta.apc.org/cidhal/lectura/identidad/texto3.htm>. Consultado: 27 de febrero de 2011, pp. 1-10.
- Linares, Juan Luis (2002) *Del abuso y otros desmanes*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Lozano, Betty Ruth (2008). *Mujeres negras (sirvientas, putas, matronas): Una aproximación a la mujer negra de Colombia*. Cali, s.p.i.
- _____ (2009). Género, racismo y ciudadanía, en: Revista *La Manzana de la Discordia*. Vol. 4, N.º 1. Centro de estudios de Género, Mujer y Sociedad. Universidad del Valle. Santiago de Cali, pp. 7-17.
- Martínez-Herrera, Manuel (2007) La construcción de la feminidad: la mujer como sujeto de la historia y como sujeto de deseo. En: *Actualidades en Psicología*, Vol. 21, Núm. 108, 2007, pp. 79-95. Universidad de Costa Rica. San José.
- Navia Velasco, Carmiña (2006). Sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo, en: Revista *La Manzana de la Discordia*, Año 1, N.º 1. Centro de estudios de Género, Mujer y Sociedad. Universidad del Valle. Santiago de Cali, pp. 113-117.
- Orobito, Ayda et al (2003). *Historia del pueblo afrocolombiano*. Centro de Pastoral Afrocolombiana CEPAC [Versión electrónica]. Disponible en: <http://axe-cali.tripod.com/cepac/hispafroc/index.htm#con>. Consultado: 27 de febrero de 2011.
- Scott, Joan W. (1996). El género: Una categoría útil para el análisis histórico, en: Lamas Marta (comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG, pp. 265-302.